

Director Riccardo Cascioli

HECHOS PARA LA VERDAD

FECUNDACIÓN ASISTIDA

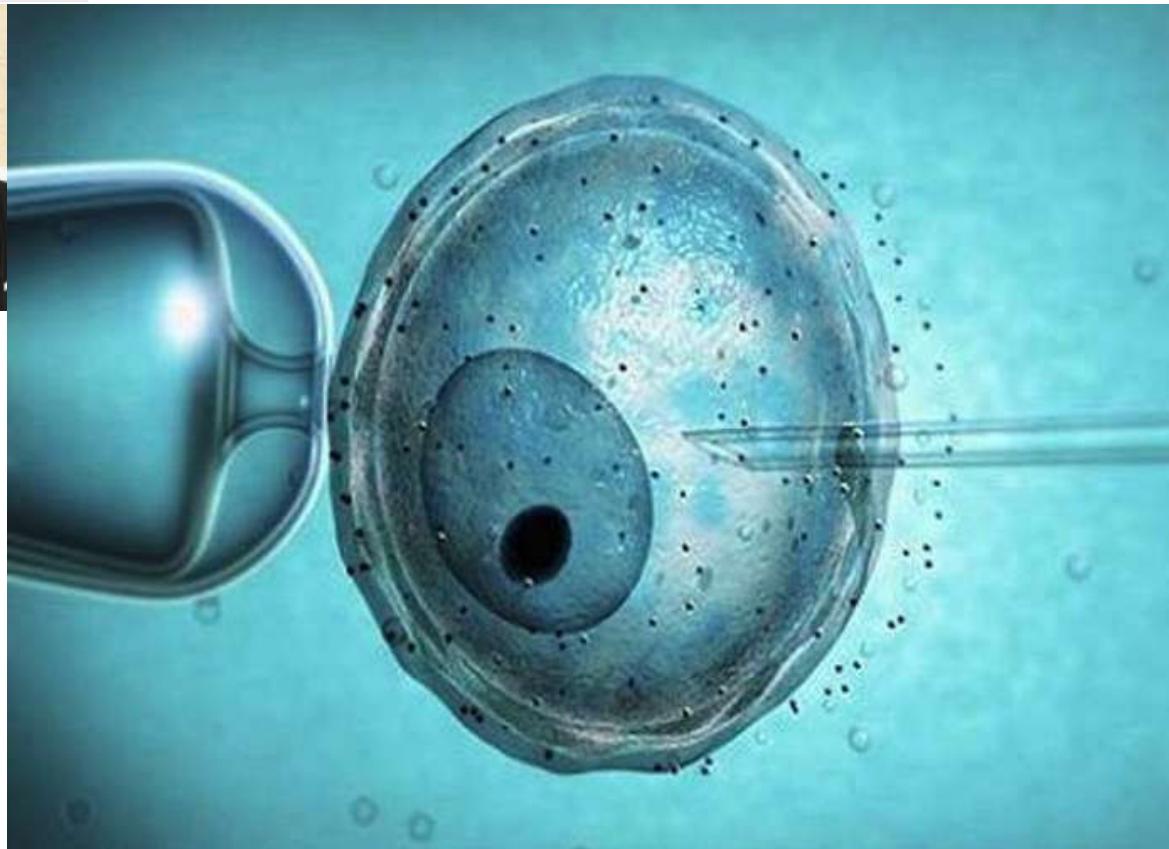
Probeta letal: las enfermedades de los padres recaen sobre los hijos

ECCLESIA

12_12_2025



**Tommaso
Scandroglio**



Las culpas de los padres recaerán sobre los hijos. A veces, incluso las enfermedades de los primeros recaerán sobre los segundos. Tras una investigación llevada a cabo por catorce entidades públicas, se ha descubierto que casi 200 niños concebidos mediante

fecundación artificial han nacido del esperma de un único “donante”, portador de una mutación del gen Tp53. Esta mutación puede provocar en el 20% de estos niños el síndrome de Li Fraumeni, que aumenta hasta un 90% el riesgo de contraer tumores en la infancia y cáncer de mama en las mujeres.

El hombre comenzó a “donar” su esperma en 2005 y dejó de hacerlo en 2022, cuando decidió dejar de emular a Abraham. El Banco Europeo de Esperma ha informado de que el hombre no está enfermo y que su esperma ha sido utilizado por 67 clínicas en 19 países para dar a luz a 197 niños. A estos 200 niños hay que sumar al menos otros dos mil niños fallecidos durante las técnicas de fecundación artificial. El cálculo sobre los niños nacidos es sin duda inferior a la realidad, ya que no todos los países han comunicado los datos relativos a este caso.

67 de esos 197 niños ya han sido sometidos a exámenes y en 23 de ellos se ha detectado la maldita mutación. A diez de ellos se les ha diagnosticado un tumor y algunos ya han fallecido. Para los demás, como ya se ha mencionado, el riesgo de enfermar gravemente es muy elevado.

Clare Turnbull, genetista oncóloga del Instituto de Investigación del Cáncer de Londres, ha declarado a la BBC: “El síndrome de Li Fraumeni es un diagnóstico terrible. Es muy difícil de aceptar para una familia, es muy duro convivir con la probabilidad de desarrollar un cáncer”. De hecho, los padres se ven obligados durante muchos años a someter a sus hijos a exámenes para detectar precozmente cualquier tumor. Se vive con una espada de Damocles sobre la cabeza y, a menudo, esa espada cae sin piedad.

La protesta ha sido inmediata. El problema sería doble: a nivel internacional y nacional se permitirían demasiadas “donaciones” de un solo sujeto. Segundo: se necesitan pruebas de detección más precisas. Partamos del primer escollo, cuyo razonamiento es sencillo: menos concepciones, menos niños enfermos. Pero esto no es cierto: si se reducen las concepciones de un único donante, aumentarán por compensación las concepciones de varios donantes, que también pueden ser portadores de la misma u otras patologías genéticas. En segundo lugar, y yendo al meollo del problema, parecería que la maldad de la fecundación heteróloga residiría en el número de “donaciones”. Sería una cuestión cuantitativa y no cualitativa, es decir, referida a la calidad del acto, a lo que es la fecundación extracorpórea. Pero el verdadero problema ético no está en el grado del acto —determinar el umbral más allá del cual el número de “donaciones” se convierte en moralmente ilícito—, sino en la naturaleza del acto: es la fecundación artificial en sí misma lo que constituye un acto moralmente ilícito; el número “solo” agrava la ilicitud.

En cuanto a la necesidad de realizar exámenes más precisos de los gametos, Allan Pacey, antiguo director del Sheffield Sperm Bank y actual vicedecano de la Facultad de Biología, Medicina y Salud de la Universidad de Manchester, responde: “No es posible realizar pruebas de detección para todo, solo aceptamos al 1% o 2% de los hombres que se presentan como donantes de esperma en el sistema de detección actual, por lo que si lo hicieramos aún más riguroso, no tendríamos a nadie”, explica a la BBC para explicar que, por norma, no se busca la mutación Tp53, al igual que muchas otras. Por lo tanto, no endurecemos los controles, porque si no, no podremos vender la fecundación heteróloga a nadie y dejaremos que los riesgos para la salud recaigan sobre los niños. Por otra parte, el razonamiento es coherente: si con la fecundación artificial expongo a más del 90% de los concebidos a un riesgo mortal, ¿por qué proteger de ese mismo riesgo a los supervivientes de la probeta?

¿Cuál es, entonces, el pecado original de este drama de la probeta? No reside esencialmente en el número de filiaciones por poder, ni en los cribados genéticos, sino en las propias técnicas de fecundación extracorpórea. La generación tras la relación sexual reduce en gran medida el riesgo de transmitir taras genéticas. De hecho, la madre naturaleza, o Dios Padre, según el grado de madurez espiritual de cada uno, ya selecciona el mejor espermatozoide (al menos sobre el papel) para la fecundación. La tan cacareada selección natural darwiniana se abandona aquí en favor de una selección artificial que es absolutamente falaz, porque es casi imposible encontrar entre cientos de millones de espermatozoides el más talentoso porque es el más sano. Todos

estamos a favor de lo orgánico, pero no cuando se trata de hijos. El hijo orgánico es sustituido por el hijo tecnológico y estos son los resultados.

Es inevitable: dada la unidad inseparable del espíritu y el cuerpo, cuando violamos una ley metafísica, los daños también se reflejan en el mundo físico. El desorden moral se refleja en el desorden físico. Si se viola el principio moral según el cual solo del abrazo amoroso entre marido y mujer puede nacer un hijo legítimo, se tendrán hijos enfermos, y no solo del síndrome de Li Fraumeni, sino también de muchas otras patologías (haced clic [aquí](#), [aquí](#), [aquí](#) y [aquí](#)). Cientos de hijos de un solo padre y cientos de medio hermanos repartidos por todo el mundo, vulnerando así el derecho innato de cada niño a crecer con su padre y sus hermanos e hiriendo de muerte la institución de la familia, pulverizada aquí en una mezcolanza de relaciones solo biológicas y ya no sociales, solo genéticas y ya no afectivas.

Efectivamente, es cierto: las culpas de los padres recaerán sobre los hijos.